



Hugo Rodríguez-Alcalá

La decisión del pastor Freemantle

El reverendo Howard Freemantle -no le gustaba que lo llamaran reverendo- entró en el living-room como todos los jueves a las cinco de la tarde. Era la hora de su té. Este jueves apenas saludó con la cabeza y un ademán de sus largas manos y se dejó caer en su sillón. Siempre que llegaba para el rito no religioso pero no menos rito que otros -es británico-, elegía el sillón tapizado en tela beige y brazos y respaldar acolchados; saludaba con urbanidad y se sentaba reposadamente en su lugar preferido. Pero este jueves, como ya he dicho, el pastor se dejó caer, se derrumbó en la butaca beige y allí quedó anonadado, en largo silencio, ante nuestro asombro. Estaba pálido, desencajado, trémulo.

La empleada le ofreció una taza de té servida sobre la mesita bien provista de tostadas, emparedados y golosinas. Pero él rechazó la taza con débil ademán, preguntando:

-¿Hay un poco de brandy?

Yo, alarmada, corrí hacia el bar, busqué entre otras la botella de Terry. Estaba vacía; vi cerca de ella un brandy Napoleón y entonces, con un suspiro de alivio, llené una copa de las grandes con el líquido francés. El pastor Freemantle, nuestro gran amigo -cosa

asombrosa en él, tan abstemio- se apoderó de la copa con manos temblorosas y bebió varios sorbos, demasiados, sin decir una palabra. [128]

-Mr. Freemantle-, preguntamos casi al mismo tiempo mi marido y yo- ¿qué le pasa? ¿Se siente mal? *Anything wrong?* -me aventuré a añadir en inglés inseguro.

Su británico rostro, de ordinario sonrosado y apacible, tenía una expresión tétrica. Esperamos a que el licor, en dosis considerable, y la tacita de café negro que la empleada por propia iniciativa acababa de ofrecerle y que él bebió ávidamente, surtieran efecto. Al cabo de un rato pudo hablar con amargura.

-Acabo -dijo-, acabo de matar a un niño...

-¡Matar a un niño!

-Sí -respondió-, ¡un pobre niño inocente de siete años...!

A mí se me cayó sobre la alfombra la cucharita con que acababa de azucarar mi té.

-Los padres de este pobre chico, único varoncito después de cuatro hermanas mayores, son amigos míos y de mi iglesia. Desde hace meses me han confiado día tras día sus pesares. Ignacio, el hermoso Ignacio, languidecía de una enfermedad terrible. Lo habían llevado a muchas clínicas; habían hecho largos viajes para que lo vieran médicos reputados. Yo nunca les hablé a ustedes de esto. Me resultaba muy penoso, especialmente a la hora del té. Ignacio se parecía mucho a mi John, fallecido en Cambridge, un año después de su madre. Ustedes no saben que yo he abandonado a Inglaterra después de estas desgracias, después de la segunda desgracia. Prefiero no hablar nunca de estas cosas...

Ignacio estuvo en la carpa de oxígeno mucho tiempo. Sufrió operaciones, sufrió dolorosos tratamientos, sufrió infinitos pinchazos, [129] y seguía viviendo como una vela que está a punto de apagarse pero que nunca se apaga. Yo iba a verlo al último sanatorio todos los días sin falta. Allí, en la carpa de oxígeno situada cerca del cristal de la sala de cuidado intensivo, a veces me miraba sin verme con sus hondos ojos azules, tan parecidos a los de... a los de... Yo creía oír los débiles latidos del corazón auxiliado por el monitor cardíaco, sucediéndose uno tras otro merced al aparato eléctrico y al flujo artificial del oxígeno.

Hacía dos semanas que su encefalograma estaba en cero. ¡Ya sabía yo muy bien lo del aneurisma cerebral! ¡Cómo no lo iba a saber, yo tan luego! Sus padres me lo contaban todo con detalles, explicándome las palabras técnicas. ¡Como si yo no las comprendiera! Las había aprendido con terror en una enorme clínica inglesa toda cubierta de nieve durante un invierno atroz.

Mi hijo John falleció un sábado de noche en que hubo un cambio de personal en la clínica, y un enfermero cometió un error de esos que pueden ocurrir. En un pasillo, oí decir a alguien que no me conocía que el error había sido un *happy mistake*, un error feliz...

Ayer estuve en casa de los padres de Ignacio. Les formulé muchas preguntas de la manera más discreta posible. Los médicos, unánimemente, los de aquí y dos extranjeros consultados a larga distancia (médicos estos que ya conocían a Ignacio), afirmaban que el niño no se iba a curar nunca. El encefalograma no podía interpretarse más que de una sola manera. Era algo final. La familia, por otra parte, estaba ya al borde de la ruina. Los viajes a clínicas lejanas, los especialistas, las onerosas medicinas, todo esto iba acumulando cuentas y más cuentas que era forzoso pagar sin dilación. La gran finca de las afueras de la ciudad fue vendida a precio irrisorio dado su gran valor, la casa en esta ciudad, orgullo [130] de la familia, está hipotecada hace meses. Hace meses que fueron retirados los depósitos a plazo fijo. Las cuatro niñas fueron sacadas de colegios privados y matriculadas en escuelas gratuitas...

El juramento de Hipócrates prohíbe a los médicos dejar que se extinga una vida que éstos deben salvar. En el caso de Ignacio, el desenlace no era cosa difícil: sencillamente suspender el flujo del oxígeno o desconectar el monitor cardíaco.

Ignacio, aseguraban los médicos, detenido hace tiempo ante el umbral mismo de la muerte, sufría todo lo que es posible sufrir cuando queda tan poco de vida. Sus ojos azules, sin brillo, en la carita demacrada, eran dos hoyos de opaca desesperación. Estos ojos, les cuento, me eran familiares: me habían mirado con igual color y dolor allá en mi país, ya casi allende la vida.

Entonces, tras una noche casi toda en vela, tomé una decisión. Un sueño vívido, hacia el amanecer, me determinó: John, mi hijo John, envuelto en una niebla luminosa, me repitió más de una vez antes que pudiera despertarme: -Papá, debes hacerlo, debes hacerlo, ¡hoy!

Ya no dudé más. Yo iba a salvar a una familia de la ruina total; yo iba a parar el sufrimiento de ese niño.

Esta tarde, a las tres en punto he llegado al sanatorio donde todos me conocen. He dicho que quería entrar en su misma sala, para rezar a su lado. No hubo ningún inconveniente. Me he puesto esa especie de chaqueta blanca, aséptica, de los médicos. Me he puesto encima la estola ritual y he entrado en la sala del sufrimiento. Ignacio parecía despierto porque no tenía los ojos cerrados del todo. Podía yo ver una rayita azul y amarillenta entre sus párpados. [131]

- ¡Ignacio! ¡Ignacio! -le dije inclinándome sobre él. El no pareció oírme; el no podía oírme acaso. Lo bendije en silencio y en silencio recé, recé con una unción desgarradora, pidiendo gracia, pidiendo ayuda y valor; pidiendo perdón. Después, sin que nadie lo advirtiera -yo estaba solo con él en la sala casi sin luz- desconecté el oxígeno, apagué el monitor y seguí rezando, ahora de rodillas.

-¡Dios mío, Dios mío! Cuando el pecho del niño quedó inmóvil, volví a conectar el oxígeno y a hacer funcionar el monitor. ¡Ahora me duele como un doble crimen haber aliviado al chico y no haber dejado la evidencia de un acto de piedad!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

